

Fragilidad (*)

Por Flavia Quartino 2ºB

Aturdido, tardó unos segundos antes de empezar a pensar con claridad. Era el silencio que todavía repetía el estruendo de la explosión, aquello que lo ensordecía. Respiraba con dificultad, inhalaba polvo y exhalaba confusión. Todo sucedió demasiado rápido, no se lo esperaban, aunque sabían que en el campo de batalla todo podía pasar, no se lo esperaban.

La muerte le rozó la piel y aunque se alegró de no haberla abrazado, le dolía sentirse vivo, aún no se decidía sobre qué hubiese sido mejor. Seguramente cualquier cosa antes que verlo ahí, tan rojo, lleno de barro, tan quieto. No respiraba.

El primer pensamiento que se cruzó por la mente del italiano fue que esa noche iba a dormir menos apretado, ya no tendría que compartir el poco espacio con su amigo. Pero no tenía tiempo para pensar, ahora sólo le quedaba salir corriendo, los otros estaban avanzando y a gran velocidad. No quería dejarlo, qué idea tan absurda en un momento como ese, en un lugar como ese, donde vale más la vida propia, aunque en guerra ésta sea lo primero que se apuesta. Sabía que no debía dejarlo, pensó que existía la posibilidad de que estuviera vivo, a veces pasa, sin embargo ya estaba lejos. Escuchó cómo sus pasos se escapaban del caos, sólo él sabía que lo guiaba la cobardía. Concentrado en su sombra vacilante decidió no pensar más.

Era demasiada crueldad, demasiado frío, demasiada soledad como para negarse a ser querido, aunque fuera por un rato. Ella apareció para prometerle que renunciaría a todo. Admiraba la entereza con la que él seguía al frente, después de haber conocido tanta miseria humana. Lo que Luz no sabía era que detrás de esa coraza de indiferencia se ocultaba una fragilidad que lo había quebrado hacía tiempo. Al italiano no le dolía el amor, estaba dejando simplemente que las cosas pasaran; sus ideales, sus ganas, sus visiones de victoria se habían desvanecido en el campo de batalla y eso era algo que no lograba explicar. Se conformaba con pensar que apreciaba mucho a su amigo y que eso lo había marcado, pero en el fondo contemplaba razones más profundas. Su desolación disimulaba unas ganas inmensas de lavar días manchados de sangre, de recuperar lo perdido, de ser nuevo otra vez.

Luz era un abrigo que disminuía su abandono pero ella no podía evitar que se colara el frío de la guerra. Aun así le propuso casarse en primavera, tal vez esa era una forma de responder a todo el cariño y el apoyo que ella supo brindarle, sabiendo que nunca recibiría lo mismo. Pero su promesa se desvaneció junto con su resistencia. Reducir sus pensamientos a un nuevo proyecto de vida no vaciaría su memoria, testigo de la crueldad, ni tampoco pacificaría su conciencia. Le resultaba imposible olvidar y Luz no merecía compartir su vida con alguien que no podía cargar con el peso de sí mismo, pero eso nunca llegó a decírselo, ni siquiera a pensarlo. Al italiano poco le importó dejar un legado de dignidad, de mensajes heroicos, de consejos sabios, de esos que se repiten de generación en generación, de esos que engrandecen a quienes los dijeron. Cada día le pesaba más su humanidad y cada vez pensaba con menos claridad.

Poco importó lo que significaba para Luz perderlo, el egoísmo pudo más. Así, el italiano se llenó de valor y regresó al campo de batalla, a ese lugar, escenario gris y silencioso, donde su mente superpuso imágenes de destrucción, donde solo se respiraba muerte. Fuera de sí mismo, observó cómo la cobardía apretaba el gatillo.

() El ejercicio de escritura consistió en crear un relato a partir de otro de Ernest Hemingway, titulado "Un relato muy breve".*